

Juan Marinello: el dogma y la crítica

Rafael Rojas*

Hijo de un rico inmigrante catalán, el intelectual y político cubano Juan Marinello Vidaurreta (1898-1977), personifica los avatares ideológicos y literarios del comunismo cubano en el siglo XX. Nacido en Jicotea, un pequeño pueblo de Las Villas, en la zona central de la isla, en 1898, año de la intervención de Estados Unidos en la guerra de independencia de los cubanos contra España, Marinello se afilió a mediados de los años 1930 al primer Partido Comunista de Cuba, el fundado por Julio Antonio Mella y Carlos Baliño en 1925, y desde su ingreso a esa institución, hasta su muerte en 1977, nunca dejó de militar en las filas comunistas y de pertenecer, de hecho, a su máximo liderazgo.

A diferencia de otros comunistas de aquella primera generación, como el propio Mella o Rubén Martínez Villena, Marinello sobrevivió a las dos revoluciones del siglo XX cubano, la de los '30 contra la dictadura de Gerardo Machado, y la de los '50, contra la de Fulgencio Batista. En los dos regímenes que sucedieron a esas revoluciones, fue una relevante figura pública. En 1939 fue delegado comunista a la Asamblea Constituyente que aprobó la Carta Magna cubana, al año siguiente, y en 1948 y 1952 fue candidato a la presidencia por el Partido Socialista Popular. Luego del triunfo de la Revolución, en 1959, sería Rector de la Universidad de La Habana, embajador de Cuba en la UNESCO, miembro del Comité Central del Partido Comunista, desde 1965 hasta su muerte, y diputado a la Asamblea Nacional y miembro del Consejo de Estado, entre 1976 y 1977.

Se trata, por tanto, de un intelectual con una intervención permanente, no sólo en la esfera pública o en la vida literaria y académica sino, específicamente, en la sociedad política de la isla durante un buen trozo del siglo XX. Marinello comparte esa gravitación con otros letrados comunistas de su generación o un poco más jóvenes, como José Antonio Portuondo, Mirta Aguirre o Carlos Rafael Rodríguez, pero a diferencia de estos, su perfil sumaba dos horizontes discursivos, el americanismo y el hispa-

nismo, no tan perceptibles en aquellos y que también marcaron a otros ensayistas liberales de su generación, como Jorge Mañach, Francisco Ichaso, Félix Lizaso o José María Chacón y Calvo.

En las páginas que siguen intentaré reconstruir, a grandes trazos, la experiencia intelectual y política de Marinello dentro del comunismo cubano y latinoamericano, siguiendo el eje de ese hispanismo y americanismo de izquierda, construido, en buena medida, en los años previos y posteriores a la Segunda República española. Hay en Marinello una formación hispana, deudora del Siglo de Oro, del modernismo hispanoamericano y de la generación peninsular y americana del '98, fundamentalmente, que se abre al interés por las vanguardias y las izquierdas con la generación siguiente, la del '27. Explorar las tensiones entre ese hispanismo y el comunismo doctrinario y ortodoxo, que defendió toda su vida, nos permitirá acercarnos a uno de los capítulos más fascinantes de la historia intelectual de la izquierda latinoamericana en el siglo XX.

El hispanismo juvenil de Marinello es bastante perceptible en su ensayística. No así un americanismo de izquierda, que también compartió con otros intelectuales de su generación, como Jorge Mañach, aunque en una versión más acotada por su acelerada inscripción en el marxismo y el comunismo, y que tiene como lectura básica al escritor newyorkino Waldo Frank. En La Habana de los 20, como en Lima o en Buenos Aires, Frank y el marxista peruano, José Carlos Mariátegui, son referentes ineludibles de las redes intelectuales de una izquierda atlántica.¹ En las páginas que siguen observaremos cómo hispanismo y americanismo son vectores de una política intelectual, que marcan la obra ensayística de Marinello entre 1925 y 1935, cuando, tras su ingreso al Partido Comunista de Cuba, inicia un giro ideológico hacia el marxismo-leninismo de corte soviético, que lo acompañará hasta el final de

* División de Historia, CIDE/ Princeton University, Estados Unidos.

¹ Horacio Tarcus, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2001, pp. 37-46.

su vida, y que determina, en buena medida, su visión de la cultura cubana y latinoamericana, además de su constante intervención en la esfera pública de la isla.

Efímera heterodoxia

En una conocida conversación con el periodista Luis Báez poco antes de morir, que puede ser leída como memoria y testamento, Juan Marinello contaba que su padre había sido administrador del ingenio La Pastora, en Las Villas, donde se enriqueció aceleradamente en los primeros años del siglo XX.² La fortuna amasada, sobre todo durante el boom azucarero de la Primera Guerra Mundial, permitió a la familia poner residencia en La Habana, donde ingresó en la universidad capitalina en 1916, graduándose de Derecho Civil y Público en 1921.³ Luego de una breve estancia en la Universidad Central de Madrid, regresa a la vida académica e intelectual, en La Habana, formando parte de algunos de los más importantes movimientos y publicaciones de aquella década: la Protesta de los Trece (1923), el Movimiento de Veteranos y Patriotas, el Grupo Minorista y las revistas **Social** y **Avance** (1927-30).

Marinello cuenta en la misma entrevista que, a pesar de su constante intervención en aquellos movimientos de la izquierda juvenil habanera, no se sumó entonces al Partido Comunista, fundado por Mella. La explicación que ofrece es por supuesto atendible, pero no permite reconstruir a plenitud las razones de esa decisión, sobre todo si tomamos en cuenta su estrecha amistad con Mella y con el poeta Rubén Martínez Villena (quien en 1928 ya era miembro del Comité Central del Partido Comunista). Veamos cómo Marinello presentaba su no pertenencia al partido entre 1925 y 1935:

Yo empecé a trabajar con otro sentido y con otra perspectiva. No entré en el partido. No entré por una razón un poco táctica. Era principalmente intelectual de izquierda, no era líder popular ni mucho menos. Además, todavía era muy joven... Estuve bastante tiempo trabajando junto al partido en una entidad que obedecía a los criterios partidistas, pero que era mucho más amplia: la Liga Antimperialista. Ese fue el semillero o el paso nuestro hacia el Partido Comunista. Era muy justo que fuera así y, además, muy inteligente por parte del partido.⁴

Marinello fue el sucesor de Mella en la presidencia de la Liga Antimperialista, y coordinador del Consejo de Redacción de la revista **Masas**, entre 1934 y 1935, órgano de esa asociación que, en efecto, era promovida por el Partido Comunista pero no era una dependencia o una extensión de éste. Marinello y otros intelectuales de aquella época, además de la mayoría de los historiadores del periodo, han entendido la Liga Antimperialista como una organización para-comunista, pero la idea podría discutirse. Tanto en la Liga como en la revista **Masas** intervinieron intelectuales

y políticos no comunistas, como el periodista José Manuel Valdés Rodríguez, gran admirador del cine de Serguei Eisenstein, o el historiador de la ciudad de La Habana, Emilio Roig de Leuchsenring, o el nacionalista revolucionario, no comunista, Pablo de la Torre Brau.

Al igual que en las ligas antimperialistas de Estados Unidos, México y Argentina, estudiadas por Daniel Kersffeld, en la cubana intervenían nacionalistas y liberales, que publicaban en publicaciones vanguardistas como **Social** y **Avance**, y que eran próximos a la naciente izquierda populista latinoamericana, que asociamos con la Revolución Mexicana, Augusto César Sandino en Nicaragua o Víctor Raúl Haya de la Torre y el APRA en Perú.⁵ En el primer número de 1934 de la revista **Masas**, en el editorial "Al comenzar", Marinello afirmaba que la publicación "aspiraba a ser una revista revolucionaria en el más amplio y genuino sentido de la palabra" y que, "para serlo cabalmente, precisa ante todo, denunciar sin miedos ni hipocresías la realidad colonial de Cuba".⁶

Esa manera de presentar la orientación ideológica de la publicación, permitía una convergencia de diversas corrientes de izquierda bajo la definición de "lo revolucionario". El concepto facilitaba la identificación con las tradiciones anticoloniales y antiesclavistas del siglo XIX, personificadas por José Martí, y, además, suscribía el posicionamiento crítico frente a la hegemonía de Estados Unidos sobre el Caribe y, específicamente, Cuba, que impulsaban pensadores norteamericanos como Waldo Frank, Carleton Beals, Leland H. Jenks, en su influyente libro **Our Cuban Colony** (1926), y socialistas españoles como Luis Araquistáin, autor de **La agonía antillana** (1928).

La expresión que usa Marinello, en la entrevista con Báez, es "las autoridades no conocían que todo aquello estaba fomentado por el Partido Comunista", insinuando que su no militancia era algo pactado con la organización.⁷ El argumento de la "juventud" tampoco es convincente, ya que Marinello era cinco años mayor que Mella y uno mayor que Martínez Villena, que fueron militantes desde los '20. Tal vez, la explicación de esa no pertenencia al partido se encuentre en la propia obra ensayística de Marinello, entre 1920 y 1935, donde es posible leer una inscripción en la izquierda no comunista latinoamericana. Era aquel un Marinello que, a la vez que defiende un arte vanguardista, comulga con un hispanismo y un americanismo que no necesariamente respetaban la matriz doctrinal del marxismo-leninismo.

En un discurso de apertura del Salón Anual de Bellas Artes, en 1925, Marinello se apoyaba en el ensayista liberal Jorge Mañach, a quien llamaba "fino talento", para proponer que las artes plásticas cubanas abandonaran el nacionalismo estrecho y el tipicismo folklórico, propios de la "condición subalterna de factoría" de

² Luis Báez, **Memoria inédita. Conversaciones con Juan Marinello**, La Habana, Si-Mar S.A., 1995, pp. 11-13.

³ *Ibid.*, p. 20.

⁴ *Ibid.*, p. 58.

⁵ Daniel Kersffeld, **Contra el imperio. Historia de la Liga Antimperialista de las Américas**, México, Siglo XXI, 2012, pp. 7-24.

⁶ **Diccionario de la Literatura Cubana**, La Habana, Letras Cubanas, 1984, t. II, p. 562.

⁷ Báez, *op. cit.* p. 59.

un país caribeño, como Cuba, sometido a la hegemonía de Estados Unidos.⁸ Marinello sostenía que el vanguardismo y el cosmopolitismo en las artes cubanas eran maneras de enfrentar esa condición subalterna. Era preciso abandonar el “cubanismo temático” e introducir en la cultura cubana una “visión moderna, amplia y comprensiva”, que tomara cuerpo en una “alta política artística”.⁹ Cuando Marinello hablaba de “ir a lo vernáculo con ojos extranjeros y a lo extraño con ojos cubanos” coincidía, en lo fundamental, con el Mañach de *La crisis de la alta cultura en Cuba* (1925) y *La pintura en Cuba* (1925) y con la plataforma estética y política que compartirán los editores de la *Revista de Avance*, fueran de simpatías comunistas, como Alejo Carpentier y Martín Casanovas, o liberales como Francisco Ichaso o el propio Mañach.

En otro momento de aquella conferencia, Marinello proponía una crítica de la relación entre Estados Unidos y Cuba, que también establecía puntos de contacto con Mañach, aunque no tanto con Ichaso, quien por su formación centralmente hispánica peninsular se había convertido en un experto en la obra de Luis de Góngora y Lope de Vega. Como Mañach, graduado de la Universidad de Harvard y artífice de la difusión de la literatura y el pensamiento norteamericanos en Cuba, Marinello valoraba positivamente el contacto de la cultura de la isla con la vanguardia intelectual norteamericana, aunque reprochaba que no fuera eso, sino la explotación de la riqueza azucarera de la isla, el principal interés de Washington en el Caribe:

Añadamos a todo esto el contacto con una nación poderosísima, que se ha relacionado con nuestro pueblo, no por el ansia de superiores horizontes, que parece poseer hoy a sus clases directoras, ni por su ambiente abierto y franco a las más diversas tendencias estéticas, ni del color y de la forma, sino por la base dura y egoísta en que estas favorables circunstancias tienen su natural sustentáculo.¹⁰

Este joven Marinello, que apoya, con algunas reservas, el proyecto del Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos —impulsado por el peruano Edwin Elmore, que planeaba reunir en La Habana al español Miguel de Unamuno, al cubano Enrique José Varona y al mexicano José Vasconcelos, como patriarcas de un nuevo hispanoamericanismo— y que elogia las “agudas observaciones del maestro Ortega y Gasset”, está, intelectualmente, más cerca de Mañach que de Mella.¹¹ Los momentos en que esa sintonía intelectual se ve extrañada por tensiones ideológicas, éstas últimas se expresan por medio de una insistencia en la necesidad de unir el marxismo de Mariátegui y el americanismo de Frank, como sostiene en *Sobre la inquietud cubana* (1929).¹²

La divergencia se atenuaba por el hecho de que el propio Mañach era admirador de Mariátegui más como promotor del vanguardismo artístico y literario en Hispanoamérica y como “america-

nista” —en la misma acepción de Marinello, que no excluía la alta cultura norteamericana— que como marxista. Esa defensa del diálogo entre el humanismo de Frank y el marxismo de Mariátegui, fue perceptible en los dos números monográficos consecutivos que dedicó la *Revista de Avance* a ambos pensadores entre fines de 1929 y el verano de 1930. En esos dos números, Marinello y Mañach publicaron sendos ensayos sobre el norteamericano y el peruano, mostrando sutilmente sus diferencias, pero también su común apuesta por un americanismo, abierto al entendimiento entre liberales y marxistas.

En el número de *Avance* dedicado a Frank, en diciembre de 1929, Marinello proponía una muy completa lectura de la articulación entre americanismo e hispanismo que estaba produciendo la obra del norteamericano. Luego de la publicación de *Virgin Spain* (1926), Frank había desplazado la mirada al mundo hispanoamericano con dos libros, *The Rediscovery of America* (1929) y *South of Us* (1931). Para Mañach y Lizaso, es decir, para los ensayistas liberales de *Avance* —a excepción de Ichaso, cuyo antiamericanismo lo hizo tender al falangismo— esa yuxtaposición entre americanismo e hispanismo no era contradictoria, aunque sí conflictiva. Marinello parece colocarse en una misma perspectiva al destacar que la manera en que Frank comprendía España, a través de Cervantes y Unamuno, del “impulso heroico” de Don Quijote, que “sale ileso de todo choque con lo tangible”, y de la “verdad del hombre-isla, colgado de las montañas de Guipúzcoa”, era una vía de acceso a la comprensión de las sociedades hispanoamericanas.¹³

España era una vía de acceso, agregaba Marinello, pero no una “llave” que abrirá a Frank todas las puertas “para llegar a lo íntimo de los pueblos colonizados por ella”.¹⁴ No descartaba Marinello que España e Hispanoamérica pudieran conformar una nueva unidad, donde el “anhelo de totalidad del átomo español” se empalmara con el “proceso heroico” de las independencias.¹⁵ Esa unidad podía ser obra de una política intelectual, que presionara sobre las fronteras culturales de España y ambas Américas, la del Norte y la del Sur, pero, por lo pronto, según Marinello, las realidades de España e Hispanoamérica no estaban situadas en un mismo nivel de la historia social. La forma en que Marinello, hijo de inmigrantes, con una estancia en la Universidad Central de Madrid y con incipientes lecturas marxistas, planteaba ese desnivel, es problemática:

La ciudad, protagonista central en la obra de Waldo Frank, no es española ni en Cuba ni en Bolivia. El hombre ha dejado de ser —nunca lo fue en esencia— parte de la voluntad castellana y aún no ha elevado las torres que debe destruir. Es un hombre que no tuvo verdad y aún no tiene realidad. ¿Cómo

⁸ Juan Marinello, *Cuba: cultura*, La Habana, Letras Cubanas, 1989, pp. 3-8.

⁹ *Ibid.*, pp. 6-7.

¹⁰ *Ibid.*, p. 5.

¹¹ *Ibid.*, pp. 187-191.

¹² *Ibid.*, pp. 206-207.

¹³ Juan Marinello, “Meditación de Waldo Frank”, en *Revista de Avance*, La Habana, diciembre de 1929, p. 7. Este ensayo de Marinello fue incluido en la *Órbita de Revista de Avance* (La Habana, Instituto del Libro, 1965, pp. 340-344), preparada por Martín Casanovas, otro de los editores de la publicación, pero, por alguna razón imaginable, fue excluido de las dos grandes antologías de prosas de Marinello, editadas en Cuba, luego de la muerte del intelectual comunista, *Ensayos* (1977) y *Cuba: cultura* (1989).

¹⁴ *Ibid.*, p. 7.

¹⁵ *Ibid.*, p. 8.

encuadrar fecundamente un mundo en que el ansia de unidad dispersa en cada espíritu no ha dado aún en la obra parcial, desorientada, pero ponderable, la medida de su sed?¹⁶

Marinello parecía sugerir que la ciudad y el hombre hispanoamericanos se ubicaban en un escalón inferior del desarrollo histórico, en lo que sería una derivación vulgar del materialismo histórico, que habría espantado a Mariátegui. Aún así, el marxista cubano otorgaba un valor estrictamente “político” a la obra de Frank, a quien llamaba “el yanqui inusitado”.¹⁷ Curiosamente, en aquel mismo número de **Avance** se insertaba un texto de Mariátegui que debió ser una de las últimas publicaciones del marxista peruano en vida, que cuestionaba involuntariamente el reparo de Marinello a Frank. Este último, según Mariátegui, era “la prueba concreta y elocuente de la posibilidad de acordar el materialismo histórico con un idealismo revolucionario”.¹⁸

Mariátegui, como es sabido, admiraba el temprano ensayo **Our America** (1919) de Frank, donde el escritor norteamericano había reseñado la historia intelectual de Estados Unidos, en el siglo XIX. El peruano concluía, a partir de esa lectura, que el “método” ensayístico de Frank era positivista, pero que, “en sus manos el método no es un instrumento”.¹⁹ Con esta salvedad, Mariátegui sugería a la juventud socialista latinoamericana que leyera a Frank, ya que podría encontrar que en su “crítica al idealismo de Bryant razonara como un perfecto marxista y que en la portada de **Our America** pusiera estas palabras de Walt Whitman: la grandeza real y durable de nuestros estados será su religión”.²⁰ Mariátegui, quien como Frank admiraba a Unamuno, aunque objetaba su rechazo al marxismo, se atrevía a exhortar al anciano filósofo: “Unamuno modificaría probablemente su juicio sobre el marxismo si estudiase el espíritu —no la letra— marxista, en escritores como el autor de **Our America**”.²¹

Otras colaboraciones en aquel homenaje a Waldo Frank, en **Revista de Avance**, como las de Félix Lizaso y Jorge Mañach, retomaban la misma invitación al diálogo, pero no tanto entre marxismo e idealismo como entre las dos Américas, la sajona y la hispana, la protestante y la católica. Según Lizaso la obra de Frank estaba animada por un “sentido místico de totalidad”, que era inevitable asociar con un espiritualismo o un trascendentalismo, que facilitaba el diálogo entre las dos Américas.²² El desencuentro entre las dos mitades del continente no tenía que ver con la pugna doctrinal entre materialismo e idealismo sino con dos versiones históricas del materialismo moderno, el de la voluntad, en el Norte imperial, y el de la sensibilidad en el Sur republicano.²³

Para Lizaso era evidente que la propuesta dialógica de Frank par-

tía de un reconocimiento de la “variedad de *ethos*” que constituía las culturas americanas.²⁴ Esa diversidad, que no sólo se zanjaba en la frontera entre el Norte y el Sur, sino en fronteras interiores, como la que Marinello insinuaba entre el Caribe y los Andes, por ejemplo, podría reforzar una estrategia de acercamiento, en la que “cada América adquiriera su propio temple espiritual, a un mismo grado de temperatura si fuese posible”.²⁵ Esta idea de un diálogo cultural hemisférico, basado en el discernimiento y la autoconciencia de la diversidad intra-americana, aparece más claramente esbozada en el ensayo “Signos de Waldo Frank”, de Mañach, que, de algún modo, adelanta la argumentación básica de sus estudios sobre John Dewey y su póstumo libro, **Teoría de la frontera** (1961).

Con mayor espesor filosófico que Marinello y Lizaso, Mañach coincidía en el sentido “totalista”, “cósmico” o “integralista” del pensamiento de Frank.²⁶ Ese sentido abarcador, según Mañach, tenía que ver, en efecto, con la tradición espiritualista y trascendentalista norteamericana del siglo XIX, con Emerson a la cabeza, que desembocaba en George Santayana, quien había sido maestro de Mañach en Harvard. Pero en Santayana esa tendencia era comprensible, por su ascendencia hispánica, no en Frank, quien, al decir de Mañach, poseía, sin embargo, “concordancias con el pensamiento y la sensibilidad mediterráneas”.²⁷ Como Martí en su lectura de Emerson, Mañach intentaba leer a Frank como crítico del pragmatismo y el imperialismo norteamericanos.

Una crítica que, a su juicio, también era constitutiva de una cultura liberal y republicana como la de Estados Unidos. La “visión” cósmica de las Américas de Frank, al decir de Mañach, intentaba rebasar el puritanismo y el imperialismo, que integraban los “átomos” del Norte.²⁸ Aunque no le daba la misma importancia, dado su tono filosófico, Mañach también concluía, como Marinello y Lizaso, en que esa visión integradora de las dos Américas no debía limitarse al ensayismo cultural o a la diplomacia intelectual sino que tendría que aventurar alguna traducción política. Ese será, justamente, el centro del ensayo de Francisco Ichaso, quien con una retórica más encendidamente antiyanqui, insistirá en que los males de América que denunciaba Frank, tenían lugar en las dos riberas del río Bravo.²⁹

El número de **Avance** dedicado a Mariátegui, en junio de 1930, es un buen reflejo de las tensiones dentro de aquel grupo de intelectuales cubanos, que compartían hispanismo y americanismo, pero comenzaban a dividirse en relación con la democracia, el libe-

¹⁶ *Ibid.*, p. 8.

¹⁷ *Ibid.*, p. 8.

¹⁸ *Ibid.*, p. 4.

¹⁹ *Ídem.*

²⁰ *Ídem.*

²¹ *Ídem.*

²² Félix Lizaso, “Waldo Frank y las dos Américas”, en **Revista de Avance**, La Habana, diciembre de 1929, p. 10.

²³ *Ibid.*, p. 11.

²⁴ *Ibid.*, p. 12.

²⁵ *Ibid.*, pp. 12-13.

²⁶ Jorge Mañach, “Signos de Waldo Frank”, en **Revista de Avance**, La Habana, diciembre de 1929, p. 18. Este importante ensayo de Mañach, también por razones comprensibles, no fue incorporado en la **Órbita de la Revista de Avance** (*op. cit.*), editada por Martín Casanovas luego de la Revolución Cubana, en la que se escamotea la centralidad de Mañach en aquella revista.

²⁷ *Ibid.*, p. 20.

²⁸ *Ibid.*, p. 21.

²⁹ Francisco Ichaso, “Cura de verdad”, en **Revista de Avance**, La Habana, diciembre de 1929, pp. 14-16. Este ensayo tampoco fue reproducido en la **Órbita de la Revista de Avance** (*op. cit.*).

ralismo, el marxismo y otras ideologías del siglo XX. El ensayo de Marinello en aquel homenaje abre un flanco de asunción del marxismo, como referente del pensamiento cubano e hispanoamericano, que no hará más que afirmarse en los años siguientes y que, a partir de 1935, determinará la mayor parte de su actuación pública. Aunque seguía defendiendo el “significado continental” y americanista, en **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana** y toda la obra de Mariátegui, lo importante del escritor peruano era la postulación del marxismo —“con sus complementos sorelianos y leninistas”— como “absoluto”.³⁰

Esa era, según Marinello, la “batalla” de Mariátegui, la “socialización de Hispanoamérica”, fuera de los “módulos” tradicionales de “importación” material y cultural de Europa. A través de un marxismo mestizo, trasplantado a un contexto incaico, podía lograrse que los “pueblos del Sur realizaran a plenitud el nuevo estado”.³¹ El gamonalismo, el problema del indio serrano del Cuzco o el “anquilosamiento del cuerpo social del Perú” eran formas específicas de una explotación colonial que se sufría en toda “Indoamérica”.³² Lo continental de la empresa estaba relacionado con una revolución social latinoamericana, que Marinello, vasconcelianamente, llama “saturación de Indoamérica”, que ayudaría a trascender el capitalismo industrialista y el imperialismo “estéril”.³³

Es curioso advertir, en ese número de junio de 1930 de **Revista de Avance**, dedicado a José Carlos Mariátegui, cómo la mayoría de las colaboraciones evitan enfocar el tema del americanismo de izquierda, tan constante en la publicación desde 1927, y cómo muy pocos colaboradores o, acaso, uno, Jorge Mañach, se refiere abiertamente al marxismo, en tanto filosofía traducida por el pensador peruano. Waldo Frank habló de Mariátegui como síntesis de Jesús y Spinoza, Lino Novás Calvo lo describió como “un nuevo misionero, que se limitó a confesar su fe”, Lizaso destacó su defensa de una estética realista y, a la vez vanguardista, Medardo Vitier su estilo enérgico y fogoso y Francisco Ichaso, la sublimación intelectual de su impedimento físico.³⁴

Es sintomática, como decíamos, la elusión del marxismo dentro de los ensayos en homenaje a Mariátegui en **Avance**. Novás Calvo, tan cercano al comunismo cubano, no lo menciona, Lizaso dice que “con actitud diáfana, el peruano gravitaba a un marxismo ortodoxo”, Vitier que “la tesis inmensa de Marx le late en las páginas sin sofocarle el aliento propio” o que “Marx queda al margen cuando leemos a este espíritu doloroso de la América nueva”, e Ichaso, en su texto de mal gusto, dice que, a diferencia del “comunismo inconsulto” que, a su juicio, predominaba en América, “el comu-

nismo de Mariátegui no pasó nunca por esa escuela de rigor y precisión, por esa apretada organización revolucionaria, que es la obra de Marx”.³⁵ Mañach, en cambio, es el más generoso de todos con el marxismo de Mariátegui, que considera un dogma menor y necesario:

En esa actitud, en esa disciplina, se encontrará toda su grandeza y su ocasional servidumbre. Sólo este sentimiento de la idea como algo ajeno y superior puede, tal vez, infundir semejante valor y lealtad y seguridad en la defensa de ella. El mismo Marx —hegeliano *ab origo*— no sintió jamás la paternidad de su criterio, que le pareció criatura del devenir histórico, especie nueva de revelación. El hombre que se siente hechor de sus ideas, superior a ellas, no halla dificultad en abandonarlas a su propia suerte. En todo caso, no se sacrificará él mismo a su criatura. La abnegación es siempre de estirpe religiosa en cuanto supone un sentimiento de dependencia.³⁶

Y agrega Mañach:

Pero el dogma no le infunde a Mariátegui solamente su coraje y su fervor, sino también su fuerza dialéctica, su seguridad. En esto vio él la principal conveniencia de una filiación ideológica. Un dogma es un principio jerárquico de posiciones críticas, un orden riguroso de enjuiciamientos. Tiene una lógica interior ya asentada, una sólida trabazón. Admitido el principio, la dialéctica del dogma —en la teodicea como en el marxismo— es punto menos que vulnerable, porque la fuerza es siempre atributo de la cohesión, de la estructura. De aquí que Mariátegui sea por excelencia, en el pensamiento de América, el hombre seguro. Afirma o niega netamente.³⁷

No se leyó, en La Habana de 1930, un homenaje a Mariátegui tan honesto y bien escrito como el de Jorge Mañach. Un homenaje en el que se daban la mano marxismo y americanismo, de una manera que condensaba la poética y la política de **Revista de Avance**. La palabra de Mariátegui era, según Mañach, la palabra “neta, directa y total” de América.³⁸ Esa articulación entre hispanismo, americanismo y marxismo, en uno de los últimos números de la revista, era elocuente, pero frágil, como pudo comprobarse no sólo con el cierre de la publicación, ese mismo año, sino con la evolución posterior de cada uno de sus editores.³⁹

Un comunista profesional

El Marinello posterior a **Avance** describe una progresiva inmersión en el Partido Comunista de Cuba y en la lógica con que esta organización proyectó su intervención en la esfera pública cuba-

³⁰ Juan Marinello, “El Amauta José Carlos Mariátegui”, en Casanovas, **Órbita de la Revista de Avance**, *op. cit.*, p. 350.

³¹ *Ibid.*, p. 357.

³² *Ibid.*, p. 358.

³³ *Ibid.*, p. 359.

³⁴ Waldo Frank, “Una palabra de Mariátegui”, en **Revista de Avance**, n° 47, junio de 1930, pp. 165-166; Lino Novás Calvo, “Su ejemplo”, en **Revista de Avance**, n° 47, junio de 1930, pp. 173-174; Félix Lizaso, “Hombre de letra viva”, en **Revista de Avance**, n° 47, junio de 1930, pp. 181-182; Medardo Vitier, “Un ejemplo”, en **Revista de Avance**, n° 47, junio de 1930, pp. 184-185; Francisco Ichaso, “Meditación del impedido”, en **Revista de Avance**, n° 47, junio de 1930, pp. 185-186.

³⁵ *Ibid.*, pp. 182, 184, 186

³⁶ *Ibid.*, p. 178.

³⁷ *Ibid.*, p. 179.

³⁸ *Ídem.*

³⁹ Sobre la experiencia de **Revista de Avance** ver Celina Manzoni, **Un dilema cubano. Nacionalismo y vanguardia**, Buenos Aires, Casa de las Américas, 2001, pp. 85-114.

na. Encarcelado dos veces, por su activismo contra las dictaduras de Gerardo Machado y Fulgencio Batista, una vez en la Isla de Pinos, en 1932, y otra, en 1935, a raíz de la publicación de la ya citada revista *Masas*, Marinello vivió durante la segunda mitad de los años '30, exiliado en México, con frecuentes viajes a Estados Unidos y a España, donde se involucra en las redes culturales de apoyo a la República Española. En México participa en el Primer Congreso de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios y en el mismo año, 1937, interviene en Madrid, junto a Nicolás Guillén, como delegado cubano al Congreso de Escritores por la Defensa de la Cultura, en apoyo al gobierno republicano.

De vuelta a La Habana a fines de los '30 e instalado en la alta dirección del partido Unión Revolucionaria Comunista, el nombre que adoptaría la organización en aquellos años, Marinello es elegido delegado a la Asamblea Constituyente de 1940, junto a otros cinco representantes comunistas. Frente a los miembros del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), los liberales, los nacionalistas o los "menocalistas" (partidarios del ex presidente Mario García Menocal), que sumaban más de 10 delegados cada uno, el partido comunista era una fuerza constitucional y legislativa minoritaria. Tal vez comparable, en su pequeñez, a otra minoría, la de los miembros de la organización ABC, dentro de la que estaban dos antiguos compañeros de Marinello en *Avance*, Jorge Mañach y Francisco Ichaso.⁴⁰

A pesar de su pequeñez, Marinello y otros constituyentes, como Blas Roca y Salvador García Agüero, intervinieron enérgicamente y, a veces, de manera decisiva en los debates de la Constituyente. La avanzada legislación social de la Constitución de 1940, en materia de familia, cultura y, sobre todo, trabajo (derecho inalienable al mismo, salario mínimo y equitativo, seguro social, jornada de ocho horas, descanso obligatorio, garantías laborales para la mujer, libertad de sindicación, derecho a huelga, contratos colectivos de trabajo, empresas cooperativas, viviendas obreras, mutualismo...), fue aprobada, en buena medida, por medio de una negociación entre comunistas y liberales cubanos a mediados del siglo XX.⁴¹

Luego de la instalación del gobierno constitucional de Fulgencio Batista, entre 1940 y 1944, en el que dos comunistas, Carlos Rafael Rodríguez y él mismo fueron "ministros sin cartera" del gabinete, Marinello se convirtió en representante al Congreso cubano, vicepresidente del Senado y en presidente del partido, reteniendo Blas Roca, otro congresista, el cargo de Secretario General. Durante esos años de pertenencia a la coalición gobernante, que coinciden con la Segunda Guerra Mundial, es perceptible una curiosa dualidad en Marinello y, en general, en el Partido Comunista: mientras son más contemporizadores en la política, como corresponde a una época de "frentes amplios" y "colaboración entre clases", se vuelven más ortodoxos desde un punto de vista doctrinario.

La deriva ortodoxa comienza a aparecer en algunos textos de los '30 en los que ataca a intelectuales liberales o a organizaciones como

ABC, el APRA o el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) de optar por "Wall Street" y no por las "masas criollas".⁴² Por entonces sus defensas de la URSS y de Stalin son desinhibidas y dicho posicionamiento se hace acompañar de un abandono progresivo del vanguardismo juvenil y una defensa del realismo en poesía y en narrativa, que ve cristalizados en poetas cubanos como Manuel Navarro Luna y Nicolás Guillén o en narradores de la "tierra" como Rómulo Gallegos, José Eustaquio Rivera y Ramón Güiraldes.⁴³ Por momentos, en los '40, Marinello lamenta que Cuba no produzca narradores de ese tipo o del tipo de los novelistas de la Revolución Mexicana, Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán. Ya a fines de los '50 o principios de los '60, creará percibir una madurez realista de la narrativa cubana en novelas como *EL acoso* de Alejo Carpentier, *La trampa* de Enrique Serpa y *Una de cal y otra de arena* de Gregorio Ortega.⁴⁴

Es interesante observar, en los ensayos de Marinello de los '40, cómo reaparece el hispanismo, pero desde una perspectiva más conservadora, ya desconectada de la experiencia republicana y vanguardista de los '20 o principios de los '30. La lectura que hace Marinello de Picasso en 1942, por ejemplo, no tiene nada que ver con el cubismo y se concentra en leer al pintor como cifra de una hispanidad tradicional: Fray Luis de León y el Amadís de Gaula, Lope y Góngora, el Arcipestre y La Celestina.⁴⁵ Nada es "tan raigalmente español como Picasso", dice Marinello, y enlaza, malabarísticamente, al Cid Campeador con el Guernica en una suerte de llamado de "una voz de la sangre" que se realiza a través de los siglos.⁴⁶ Quien llamada a huir del Siglo de Oro como quien huye del cautiverio, regresaba a los tópicos del panhispanismo noventayochesco.

Una operación similar a la de la hispanización de Picasso emprende Marinello en sus relecturas de José Martí, en aquellas décadas. El artículo "Martí y Lenin" (1935), por ejemplo, esbozaba un paralelo desfavorable al poeta y político cubano, que, por momentos, era llamado "abogado de los poderosos", por haber cabildeado en Estados Unidos una política favorable a la independencia de Cuba.⁴⁷ Luego, en los '40, Marinello escribirá el ensayo "Españolidad literaria de José Martí" (1942), en el que intenta develar la "marca de España" en la poesía y la prosa de Martí, remitiendo al cubano, otra vez, a la matriz del Siglo de Oro (Gracián, Quevedo, Santa Teresa, Cervantes, el Arcipestre de Hita y hasta el Cid Campeador).⁴⁸ Al final, el ensayo intenta regresar a la "cubanidad" de Martí, por medio de la que llama "tradición libertada", pero en buena medida lo que hace Marinello es restablecer el enunciado de la "hispanidad" en Martí subvalorando la reformulación de la misma que produjo el modernismo hispanoamericano a fines del siglo XIX. En su conocida polémica sobre el modernismo, con Manuel Pedro González, en los '60, y otros textos de esta década, Marinello corregirá esa idea conservadora de lo hispánico.⁴⁹

⁴² Marinello, *Cuba: cultura*, op.cit., 1989, pp. 211-213.

⁴³ Marinello, *Ensayos*, La Habana, Arte y Literatura, 1977, pp. 85-99.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 229-242.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 131-138.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 136.

⁴⁷ Juan Marinello, "Martí y Lenin", en *Repertorio Americano*, t. XXX, año XVI, n° 716, 1935, pp. 57-59.

⁴⁸ Marinello, *Ensayos*, op. cit., pp. 109-120.

⁴⁹ *Op. cit.*, pp. 283-320.

⁴⁰ Mario Riera Hernández, *Cuba republicana. 1899-1958*, Miami, AIP, 1974, p. 43.

⁴¹ Leonel Antonio de la Cuesta, *Constituciones cubanas. Desde 1812 hasta nuestros días*, Madrid, Ediciones Exilio, 1974, pp. 255-259.

Lo curioso es que este conservadurismo cultural, en los '40 y los '50, que se inclina a una doble defensa de lo "hispanico" y del "realismo socialista", de estirpe soviética, y que llegará a su apoteosis con la crítica al abstraccionismo plástico en su ensayo **Conversación con nuestros pintores abstractos** (1960), coincide con el momento de mayor pragmatismo político de Marinello y el Partido Comunista. En 1944, por ejemplo, al término del gobierno de Batista, en el que fue ministro y congresista, Marinello y su partido, ahora llamado Partido Socialista Popular, integró la coalición del candidato Carlos Saladrigas con liberales, demócratas e, incluso, el ABC, una organización tan combatida ideológicamente por los comunistas.⁵⁰ En las siguientes elecciones, las de 1948, Marinello se presentó como candidato a la presidencia por el Partido Socialista Popular, en fórmula con el líder sindical Lázaro Peña, como candidato a la vicepresidencia. Perdió con 7.2% de los sufragios.

En una esfera pública abierta y en un contexto democrático, Marinello y los comunistas cubanos, que sentían como suyo el orden constitucional de 1940, formaron parte del pluralismo político. Mientras hacían alianzas con partidos liberales debatían ideológicamente con el liberalismo y, también, con el catolicismo. Marinello, por ejemplo, defendió la educación pública, durante la campaña "por una escuela cubana en Cuba libre", dirigida contra el avance de la instrucción religiosa, de colegios católicos, que ganó el apoyo de liberales laicistas como Fernando Ortiz y Emilio Roig de Leuchsenring.⁵¹ En un plano intelectual, las polémicas que la publicación literaria comunista, **Gaceta del Caribe**, sostuvo con la católica **Orígenes**, o los debates que el propio Marinello entabló con Gastón Baquero, sobre el estado de la literatura cubana a mediados de los '40, son buenas muestras de esa tensión entre comunismo y catolicismo en la esfera pública republicana.⁵²

Todavía en las elecciones presidenciales previstas para junio de 1952, Marinello y Peña repitieron la fórmula e intentaron establecer alianzas con otros partidos, pero fueron deliberadamente marginados por otras corrientes opositoras, como la de su ex aliado Fulgencio Batista y la del muy popular Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) de Eduardo Chibás.⁵³ El anticomunismo en la Cuba de los 50 ascendía, bajo los efectos del vecino macarthysmo de Estados Unidos y la dictadura de Batista, instaurada en marzo de 1952, se inscribió en esa estrategia geopolítica. Los comunistas vieron fuertemente limitada su intervención en la esfera pública cubana, que había sido muy dinámica desde los años '20. A pesar de arrestos e intervenciones de medios, los comunistas lograron mantener una voz en el debate público, como puede comprobarse en publicaciones como **Noticias de Hoy** o el mensuario **Mensajes**, que apareció entre 1956 y 1958, es decir, en los años de la guerra revolucionaria y de la mayor represión de la dictadura.

En **Mensajes**, por ejemplo, Marinello se opone a la idea de una "neutralidad" en la cultura, promovida por la política cultural del gobierno a través de su Instituto Nacional de Cultura, encabezado por Guillermo de Zéndegui, y denuncia la censura y la persecución, por razones ideológicas, de académicos e intelectuales.⁵⁴ Sin embargo, defiende siempre la necesidad de un debate ideológicamente plural, en el que intervengan católicos, liberales y marxistas, en pleno respeto a sus específicas orientaciones doctrinales. Lo que propone Marinello, en suma, es reemplazar la idea de neutralidad por la de diálogo o debate en el campo intelectual, ya que "la democracia es indispensable para que la cultura mantenga sus derechos y afirme sus logros".⁵⁵

Un repaso de los textos de Marinello en **Noticias de Hoy** y **Mensajes** confirma su lealtad a la línea del Partido Socialista Popular, durante los años de la insurrección contra la dictadura de Batista. El importante intelectual y político comunista rechaza la dictadura, pero tampoco respalda la Revolución. El primer texto en el que Marinello muestra explícitamente su apoyo al movimiento revolucionario encabezado por Fidel Castro en la Sierra Maestra, es de noviembre de 1958, poco después de las elecciones presidenciales organizadas por la dictadura, con el fin de intentar una sucesión presidencial que evitara el triunfo revolucionario. Marinello y los comunistas habían criticado esas elecciones desde que fueron convocadas, tal y como habían hecho en la contienda electoral anterior, la de 1954. En aquel texto de respaldo a la Revolución Marinello dirá que los intereses "del Ejército Rebelde y las fuerzas de Fidel Castro" coincidían con los "del movimiento obrero y popular" y con "los sectores más leales y democráticos de la lucha actual".⁵⁶

En un uno de los primeros números de la nueva época de **Mensajes. Cuadernos marxistas**, aparecido en septiembre de 1960, Marinello condensará la posición oficial del PSP frente al nuevo gobierno revolucionario:

La victoria de la Revolución cubana es responsabilidad de cada uno de los integrantes de nuestro pueblo. Y la unidad para lograr tal victoria, camino obligado e ineludible. Escatimar un solo esfuerzo a la defensa y al avance de un movimiento libertador que es ejemplo y atención universales, linda con la traición. Desde luego que será necesario discutir y precisar las cuestiones que deben cristalizar la tarea unitaria... Como estableció la reciente y gran Asamblea Nacional del Partido Socialista Popular, hay que centrar en una sola gran fuerza la decisión nacional de culminar nuestra Revolución. No se trata uniformar concesiones ni estilos ni de aprisionar en moldes prefabricados la fuerzas de nuestro quehacer cultural. Se trata en verdad de aunar todos los impulsos creadores en una confluencia patriótica, liberadora, revolucionaria.⁵⁷

⁵⁰ Carlos Manuel Rodríguez Arechavaleta, **Cuba 1940-1952. Una democracia presidencial multipartidista**, Tesis Doctoral, FLACSO, México, 2003, pp. 332-333.

⁵¹ Luis Báez, **Memoria inédita. Conversaciones con Juan Marinello**, op. cit., 1995, pp. 62-64.

⁵² Amauri Gutiérrez Coto, **Polémica literaria. Entre Gastón Baquero y Juan Marinello**, Sevilla, Espuela de Plata, 2005, pp. 115-132.

⁵³ Rodríguez Arechavaleta, op. cit., pp. 277 y 290-292.

⁵⁴ Marinello, **Cuba: cultura**, op. cit., pp. 244-249.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 248.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 251.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 257.

No fue Marinello el líder del viejo partido comunista mejor posicionado en las altas esferas del gobierno de Fidel Castro. Carlos Rafael Rodríguez, por ejemplo, quien permaneció varios meses en la Sierra Maestra, siempre tuvo una ubicación de mayor peso e influencia. Pero su papel en la construcción de discursos e instituciones culturales y educativas del nuevo Estado no fue menor. En los '60, el veterano intelectual comunista hizo su aporte a la construcción de un relato sobre la historia cultural del siglo XX cubano, que arrancaba con las vanguardias de los '20 y desembocaba en la Revolución de 1959.⁵⁸ La lealtad de Marinello al socialismo soviético, sin embargo, se tradujo entonces en una defensa del "realismo socialista" y en un aliento a la adopción, en la isla, de premisas, métodos y prácticas del socialismo real.

Varios artículos y ensayos de Marinello, a principios de los años '70, defienden abiertamente el proceso de soviétización ideológica que vivió el socialismo cubano en aquella década.⁵⁹ La idea del artista como soldado y del arte como arma de la Revolución, plasmada en el Congreso Nacional de Educación y Cultura de 1971, que marca el arranque del mal llamado "quinquenio gris", es frecuente en los textos de Marinello de los '70.⁶⁰ Muchas de las prácticas normativas e intolerantes en la Cuba de aquellos años —homofobia, censura, estigmatización y represión de disidentes, dogmatismo, ortodoxia marxista-leninista...— encontraron legitimación en textos suyos.

Era inevitable que así fuera. Juan Marinello fue, desde 1935, un comunista profesional, leal a su partido. En el gobierno de Batista o en el Congreso, en el debate literario o en el político, siempre fue un seguidor disciplinado de la línea de aquella organización, subordinada a la estrategia global de Moscú. Al fundirse el viejo Partido Socialista Popular en la alianza revolucionaria que daría origen, en 1965, al nuevo Partido Comunista de Cuba, Marinello transfirió esa lealtad y esa disciplina a la nueva estructura de dirección, de la que formó parte, y a sus nuevos líderes, Fidel y Raúl Castro. En su conversación con Báez, Marinello demostraba una precisa comprensión del papel de Raúl Castro, de la estructura del partido y el gobierno cubano, que es muy reveladora a la luz de lo que ha sucedido en la isla en la última década.⁶¹

En medio de esa lealtad y esa coherencia doctrinal, durante más de medio siglo de vida intelectual e intervención pública, Marinello fue capaz de reservarse fisuras y heterodoxias personales. Todavía al final de su vida, a un año de la aprobación de la Constitución de 1976, que reproducía no pocas instituciones y conceptos del socialismo real, Marinello se atrevía a defender la inserción de los comunistas en la vida parlamentaria de la democracia republicana, entre 1940 y 1952, y elogiaba la Constitución de 1940, que, a su juicio,

"incluía muchos preceptos progresistas" y que, "en lo declarativo era la más avanzada del continente americano en aquel entonces".⁶²

Este tipo de visiones históricas, así como aquella que reconocía el relativo desarrollo social y económico de Cuba, antes de la Revolución, muy común entre historiadores y economistas marxistas de la isla, como Raúl Cepero Bonilla o Manuel Moreno Fraguas, sonaban heréticas al nuevo nacionalismo revolucionario, construido ideológicamente al calor de los '60 y articulado en torno a los líderes de la insurrección contra la dictadura. Lo mismo podría decirse de las distancias teóricas que Marinello marcaba, en relación con ese nacionalismo, cuando seguía insistiendo, aún en 1977, que José Martí era un pensador "idealista", aunque con gran sentido práctico, o que Fernando Ortiz "no era marxista y en absoluto revolucionario" o que Ramiro Guerra, fuente, en buena medida, del reformismo agrario de la Revolución, estaba "muy ligado a las fuerzas dominantes" del antiguo régimen.⁶³

Juan Marinello termina sus días encarnando el efecto ambivalente del marxismo-leninismo sobre la esfera pública y el campo intelectual cubano, en los años '60 y '70. Por un lado, su figura legítima y afirma la ortodoxia doctrinal, con todas sus consecuencias represivas para la cultura y la educación, la sociedad y el Estado cubanos. Por el otro, la médula ilustrada y laica, moderna y crítica de su ideología contribuye a remover los mitos y las idealizaciones de la historia oficial de la Revolución Cubana, edificados, en muchos casos, en perfecta continuidad con el relato tradicional de la historiografía nacionalista del periodo republicano. Juan Marinello y otros marxistas y comunistas de su generación, en Cuba y América Latina, dejan ese doble legado de dogmatismo y secularidad.

La Condesa, México D.F., verano del 14.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 260-265.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 265-269 y 485-488.

⁶⁰ Sobre el debate en torno al "quinquenio gris" y el dogmatismo cultural en Cuba, ver, Desiderio Navarro (ed.), *La política cultural del periodo revolucionario. Memoria y reflexión*, La Habana, Criterios, 2007. Se puede consultar una versión electrónica en la página www.criterios.es.

⁶¹ Báez, *op.cit.*, p. 164.

⁶² *Ibid.*, pp. 59-60.

⁶³ *Ibid.*, pp. 94-95 y 154-155.